

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Lunes 19 de Julio.

El Eco de Cartagena

PROFILAXIS DEL COLERA SEGUN LA ESCUELA DE MUNICH.

A consecuencia de la epidemia colérica que sufrió la población de Munich en 1873 y 1874, encargóse oficialmente al doctor Franck la formación de una Memoria relativa á las causas de la enfermedad, la marcha que habiase seguido, y finalmente, las reglas higiénicas que podían deducirse para el porvenir. Esta Memoria acaba de salir á luz, y como quiera que ha producido en Francia una gran sensación vamos á decir algunas palabras acerca del asunto.

En un folleto recientemente publicado (1) M. Pettenkofer recoge las conclusiones del doctor Franck y las somete á una crítica profunda.

Lo que principalmente constituye el interés del debate es que pone en evidencia las dos grandes corrientes que dividen en la actualidad á los higienistas respecto á la cuestión del cólera. Con efecto, unos consideran «hombre enfermo» como el agente principal de la difusión epidémica. Estos son los «contagionistas», que partiendo de este punto de vista, deducen una serie de medidas que tiene por objeto evitar el contacto del hombre sano con el hombre enfermo, y destruir los gérmenes morbíficos que pueden sorprenderse de los individuos atacados de la epidemia. Los otros, que Pettenkofer llama «localistas», y cuyas ideas ha contribuido más que nadie á extender, atribuyen en el desarrollo de las epidemias la mayor influencia á la naturaleza de los terrenos y al nivel de las aguas subterráneas. Cuanto más poroso es el terreno y más bajas están las aguas tanto mayores son las probabilidades de que se desarrolle la epidemia. Por el contrario, si el suelo

es impermeable, ó si están las aguas muy altas, podrán observarse algunos casos aislados de cólera, pero no habrá epidemia propiamente dicha. Esta teoría parece confirmarse por la notable inmunidad de que gozan ciertas poblaciones.

Si se adoptan las ideas de M. Pettenkofer, las medidas profilácticas deben ser distintas de las hasta ahora empleadas. El hombre enfermo representará en adelante un papel secundario como «agente de diseminación» de los gérmenes morbíficos. En el terreno hay que procurar, por tanto, las modificaciones posibles para mejorar las condiciones térmicas desfavorables en esta ó aquella localidad.

A esta cuestión consagra M. Pettenkofer su nueva publicación. Veámos, ante todo el resumen de sus conclusiones.

1.ª Es preciso combatir en primer lugar el terror inspirado por la enfermedad. Se ha observado que entre las personas poco miedosas hacen menos víctimas la epidemia. El temor, la preocupación moral son los auxiliares más eficaces de la epidemia.

No entregarse á la tristeza y evitar las emociones demasiado vivas: he aquí dos medios profilácticos, cuya eficacia ha sido perfectamente demostrada en la epidemia de 1836. Es preciso, por consiguiente, seguir un régimen sobrio regular, apartándose poco de los hábitos ordinarios, envolver la región abdominal, (por medio de fajas de franela) y de los pies (usando plantillas de paja en el calzado). Usar trajes de abrigo.

2.ª Evitar los enfriamientos, especialmente de que estos hábitos no estén en oposición evidente con las prescripciones de la higiene.

3.ª Cuidar rigurosamente de los alimentos y bebidas: someterse á un régimen moderado. Partiendo de este principio, es preciso evitar todo exceso de alimento que cargue el estómago, y por consiguiente toda comida demasiado abundante. No se deben tomar otros manjares que los de fácil digestión, absteniéndose

de los alimentos pesados y de las bebidas frías.*

Se debe desconfiar del tocino, las carnes ahumadas, el queso, las patatas averiadas, la leche agria, los huevos duros, las frutas crudas, las coles y los helados.

Debe preferirse á todos los demás alimentos la carne de vaca, ternera, cordero, aves, caza y pescados (excepto los abundantes en grasa, como la anguila). Se podrá comer también jamón, magro, legumbres, etc.

Tampoco será perjudicial la buena cerveza, ni el vino nuevo. Deben proibirse los vinos espumosos.

4.ª Cuidar escrupulosamente de la limpieza del cuerpo, la ropa blanca, las casas, las habitaciones y patios, lo cual es preferible á fumigarlos. Será bueno regar el suelo con ácido acético.

Cuando en una casa haya ocurrido alguna defunción ó caso grave, desalojarle.

El doctor Franck concluye su Memoria aconsejando la abstención de los purgantes en tiempo de epidemia.

Como se ve, la mayor parte de las conclusiones del doctor Franck se reducen á consejos muy prudentes sobre el régimen que debe seguirse en tiempo de epidemia. La predisposición individual representa un gran papel en el desarrollo del cólera como en el de todas las enfermedades, y la observación de las reglas de la higiene es aquí una regla de que no se debe prescindir. En cuanto á las medidas que propone, tales como el aislamiento de los enfermos, la evacuación de los lugares infestados, etc., Pettenkofer no las dá gran importancia. Demuestra con numerosos ejemplos que si, en algunas circunstancias, estas medidas han parecido eficaces, con mayor frecuencia no han sido de utilidad alguna. Los desinfectantes son especialmente objeto de sus críticas; no les concede ninguna virtud.

«Sin embargo, añade no sin malicia, siendo el miedo, según el doctor Franck, una de las causas más poderosas de la manifestación de la enfermedad y teniendo los desinfectantes

la cualidad de tranquilizar al público, se pueden emplear, pero solo en este concepto.»

En definitiva, no se deduce, según Pettenkofer de esta Memoria ninguna medida práctica que permita oponerse á la propagación de las epidemias coléricas en la ciudad de Munich.

En otra parte sería necesario, según este autor, buscar la solución del problema. Para él, lo mismo que para el doctor Cunningham, es muy secundario el papel del hombre en la propagación del cólera. Toda la cuestión estriba en la constitución geológica del terreno. Cuando esta se encuentra en condiciones favorables al desarrollo de las epidemias, será necesario esforzarse por modificar estas condiciones mediante una serie de trabajos encaminados á este objeto. Lo ocurrido en Dantzig es una prueba de esto. En efecto, siempre que el cólera invadía las provincias del Báltico, dicha ciudad era teatro de las epidemias más espantosas. En 1872 Dantzig no fué invadida, lo cual dependió, al decir de Pettenkofer, de que hacia algunos años se habían verificado grandes trabajos para la canalización y el encauce de las aguas.

Evitar por medio de un sistema de riegos el estancamiento de las materias orgánicas en el suelo, hacen menos sensibles y menos eventuales las variaciones del estado de humedad del terreno, tal es, según Pettenkofer, el objeto que debemos proponernos. La ciudad de Munich debe ser, bajo este punto de vista, objeto de reformas radicales.

«Así la experiencia puede convencernos, dice el citado autor, de que la profilaxis del cólera reside en la mejora del suelo y sin las medidas excepcionales dirigidas contra inocentes y desventurados enfermos, no habría que lamentar la muerte de tantos seres humanos; pero si se persiste aun en las ideas estrechas y estériles de los contagionistas, no se hará esperar el castigo del cielo, porque, así como el sacerdote más ortodoxo, creo que estas epidemias son un castigo de Dios, castigo que merecemos, no por haber pecado

(1) Prophylaxis gegen Cholera, etc. München, 1875.